



Los militares alemanes y el nazismo



EL Ejército alemán, cuyo prestigio había salido incólume del gran desastre de 1918 debido a la farsa de la puñalada por la espalda por medio de la que los altos jefes militares se lavaron las manos ante la derrota y achacaron a los políticos la petición del armisticio, que contrariamente a la realidad no parecía necesario a los ojos del pueblo, enorgullecido tras generaciones de triunfos militares clamorosamente proclamados, al estar constituido en un alto porcentaje de sus oficiales por miembros de la nobleza, no es capaz de admitir el verdadero democratismo teórico de la Constitución de Weimar. Y no tarda en buscar nuevos cauces con que oponerse a la renovación del Estado alemán y tratar de conseguir una regresión hasta la época anterior a la vergonzosa caída del Imperio.

● Una clase social como base de un ejército

José María Solé Mariño

COMO afirma Sergio Vilar en su reciente obra **fascismo y militarismo**, «como fundamento primero y como recurso final de su poder, las clases económicamente dominantes disponen de las fuerzas armadas». En efecto, en la Alemania de 1918 el mantenimiento de unas estructuras semi-feudales permitía que el poder decisorio estuviese repartido entre la nobleza prusiana —compuesta por los **junkers**—, que dominaba la burocracia estatal y el Ejército, y los grandes industriales por otra parte, aglutinados en torno al centro neurálgico de la cuenca del Rhur, donde se producía la industria pesada. El Ejército alemán será, pues, el factor que haga posible la entronización de un hombre de paja de la gran industria en el poder como remedio a los males que, según sus propias acusaciones, favorecería la democracia y que amenazaban con arrojar al país en brazos del comunismo internacional.

Los pequeños grupúsculos aislados de extrema derecha que se componían principalmente por desarraigados de las grandes ciudades y que al unirse dieron como resultado el partido nacionalsocialista, el NSDAP, no tuvieron dificultad alguna en

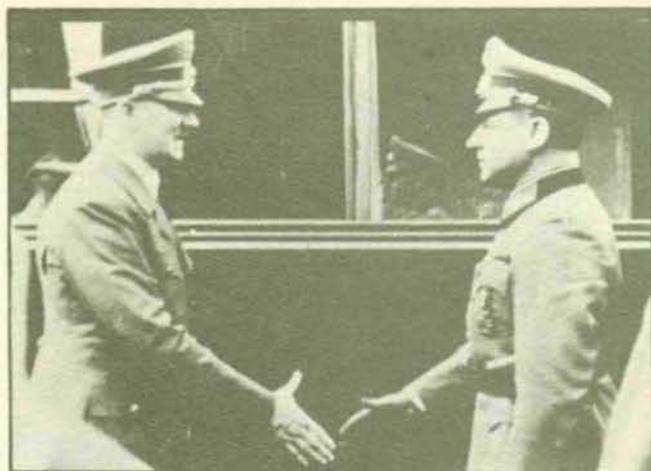


El Presidente de la República, mariscal Hindenburg (a la izquierda de la fotografía), en compañía del recién nombrado canciller Hitler (enero de 1933).

afirmar como propios una serie de principios que sabían habían de halagar a la mentalidad militar: en el orden interno la disciplina ciega, y el autoritarismo en el aspecto político. De las dos grandes personalidades militares que sobrevivían en la Alemania posterior a la primera guerra, Luddendorf, el comandante en jefe de los derrotados ejércitos, y Hindenburg, ahora presidente de la República, el primero apoyaba sin reservas a Hitler cuando las actuaciones de sus par-



Las exequias del mariscal Hindenburg en Tannenberg. De izquierda a derecha de la fotografía: el general Goering, el canciller Hitler y el general von Blomberg. Al fondo, el monumento a la batalla de Tannenberg (8 de agosto de 1934).



Los jefes militares cumplen cuanto se les ordena, ya sean operaciones específicamente militares o insensatas e inútiles matanzas de población civil. (Hitler, ya Führer de Alemania, saluda a un oficial general del Ejército alemán).

tidarios le colocaban fuera de la legalidad constitucional, y le distinguía de entre todos los cabecillas reaccionarios que entonces pululaban en el país. Es necesario decir además que el mismo Luddendorf durante el tiempo que duró la guerra —cuatro años— había mantenido una dictadura castrense en el país con el pretexto de las necesidades bélicas, y que, previendo ya la derrota, había entregado la responsabilidad de la catástrofe.

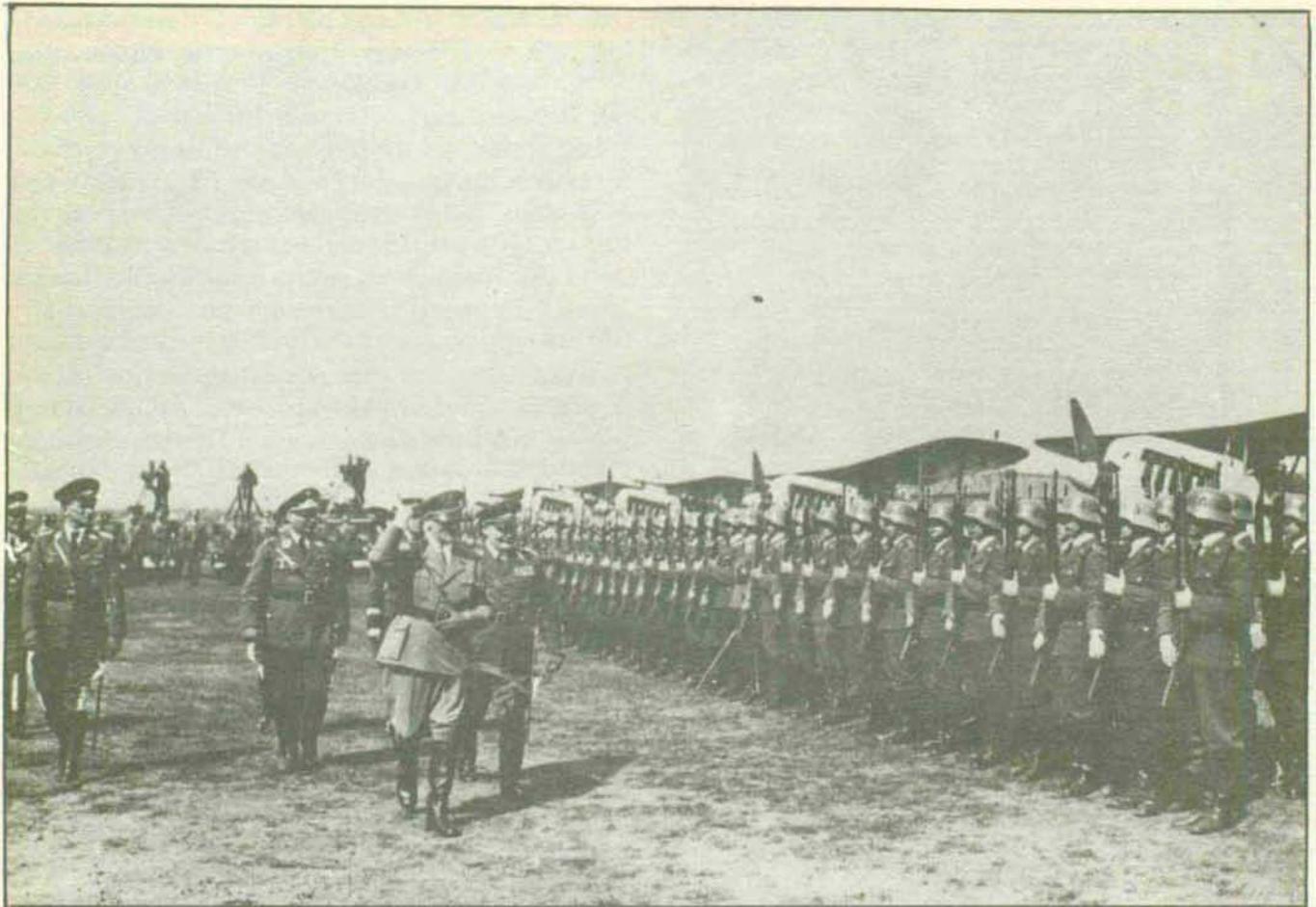
LOS MILITARES, CON HITLER

Es larga la relación de altos jefes militares que conocieron y alentaron los deseos de poder de Adolf Hitler. La **Reimwehr**, así, en enero de 1933 en el momento del acceso al poder de los nazis estaba infestada de su ideología. En su desafortunada demagogia, Hitler había tenido buen cuidado en no tocar de manera negativa un tema concreto: el de los militares, porque sabía que ningún régimen puede mantenerse sin el apoyo, o al menos la neutralidad, del Ejército. Y no solamente había mantenido una política de cortesía con el poder militar, sino que los continuados halagos de los nazis hacia el elemento castrense surtieron pronto su efecto y así las clases burguesas dominantes no tuvieron ningún problema en colocar en la cúspide del Estado al antiguo **cabo bohemio**, a pesar de la inicial oposición del anciano mariscal Hindenburg, que fue decidido finalmente a ello por la directa presión de jefes militares cercanos a él. Para agradar todavía más a las fuerzas armadas que le habían impulsado en su ascensión, Hitler no duda un momento en desbaratar con sus métodos habituales a las SA, las fuerzas de choque que habían cons-

tituido sus primeros efectivos fieles durante los años difíciles, pero que ahora significaban una competencia que el prestigio del Ejército no podía tolerar. Hitler, una vez en el poder, ya no necesita milicias particulares con las que defenderse. El Estado es ya él mismo. Y los tradicionales defensores del Estado, los militares, le secundan. A lo largo de la demencial guerra por medio de la cual Alemania intenta extender sus mercados y obtener por otra parte las materias primas y la mano de obra que necesita, la actitud del Ejército es de lo más vidrioso. Aparte de algunos intentos de protesta ante la inhumana crueldad con que se llevan a cabo las sucesivas ocupaciones de territorios extranjeros declarados enemigos, los jefes militares cumplen cuanto se les ordena, ya sean operaciones específicamente militares, o insensatas e inútiles matanzas de población civil. A lo largo de todo el período nacional-socialista, desde la invasión de Austria en marzo de 1938 hasta las postrimerías de la contienda, no aparece entre los jefes militares ningún signo importante de desacuerdo con la absurdamente trágica política del Führer hasta la primavera de 1944, cuando varios generales comienzan a pensar, tras el desastre de Stalingrado, en la posibilidad de desembarazarse del peligro que para el pres-



Hitler presidiendo una parada militar en el Tiergarten berlinés, con ocasión de la celebración de su cuarenta y siete aniversario.



El Führer y el general Goering pasan revista a una compañía de élite de la Aviación del Reich. Al cumplir el Führer-Canciller 46 años, la S.A. obsequió a su jefe con una escuadrilla de aviones.

tigio de la Reimwehr significarían las futuras derrotas que ya parecen vislumbrarse. Hasta ese momento, la posición del Ejército dentro de la estructura social de la Alemania amordazada por la dictadura nazi había sido privilegiada. Continuamente el Führer concedía prebendas y ascensos rápidos a los oficiales con la finalidad de mantenerlos unidos a su persona, siquiera fuera por la conservación de intereses materiales. Aparte, claro está, de jugar la fuerte baza del honor militar, ya que desde la muerte del mariscal Hindenburg todos los militares alemanes habían tenido que jurar fidelidad a la persona de Hitler, que reunía los cargos de canciller del Reich, presidente del mismo y **jefe supremo de los Ejércitos.**

El atentado que sufre el Führer el 20 de julio de 1944, y del que sale milagrosamente ileso, es la primera y violenta oposición de importantes cargos militares contra el régimen. Con la muerte de Hitler los generales pretendían el establecimiento de un armisticio con las potencias occidentales, cuyas fuerzas ya estaban entrando en territorio alemán, y conseguir así una tregua que les permitiese la continuación de la lucha en el frente

oriental únicamente hasta el exterminio definitivo de la Unión Soviética, empresa a la que pensaban se unirían británicos y norteamericanos. El suicidio para la nación



Adolfo Hitler en un momento de «inspiración» dialéctica.

alemana que significaría la resistencia a todo trance que preconizaba el delirante canciller fue el factor determinante que hizo posible la realización del complot, tras cuyo fracaso la represión ejercida sobre el Ejército por las SS y la Gestapo fue brutal y definitiva. Muchos generales complicados tuvieron tiempo de ponerse a salvo anunciando su completa ignorancia del golpe que se preparaba, y volvieron a ofrecer así la misma oportunista imagen que habían mantenido durante diez años. Más de siete mil detenciones y cerca de cinco millares de ejecuciones es el saldo que sufrieron las fuerzas armadas tras la represión, como consecuencia de la que murieron personalidades como el almirante Canaris y el mariscal Rommel. Esto significaba la pacificación por la fuerza de la parte levantisca del Ejército, pues es bien cierto que no fue la totalidad —ni siquiera la mayor parte— de los altos mandos la complicada en un complot que, de haber estado organizado perfectamente, hubiera tenido unos resultados bien distintos. Se demuestra así que incluso en los momentos del desastre, el oportunismo de los militares no desaparece ante la posición preeminente que todavía mantienen en el destrozado país. La ideología militar era proverbialmente autoritaria, y su adscripción al nacionalsocialismo, de manera tácita si no expresa, no significaba más que un intento de mantener unos privilegios también tradicionales que

el establecimiento de un sistema democrático lógicamente restringiría.

UN PELIGRO CIERTO

Hace unos meses, comentando la inestabilidad política y social reinante en la República Federal Alemana ante un terrorismo encarnizado y, sobre todo, ante los tintes antidemocráticos que están empezando a definir a un sistema gobernado teóricamente por un partido de izquierda y que, sin embargo, para muchos guarda en las agrupaciones de derecha —y aun de extrema derecha— los verdaderos valores nacionales, se apuntaba la posibilidad y el riesgo de la aparición de un **hombre fuerte**, de un **jefe** que reuniese en su persona los intereses de la gran industria y el capital alemanes en expansión, así como de las clases medias conservadoras que temen el peligro comunista que amenazaría el bienestar conseguido por medio del llamado **milagro alemán** que se produjo en los años siguientes a la terminación de la Segunda Guerra Mundial y que ha terminado por convertir a la RFA en el bastión europeo del imperialismo norteamericano más agresivo. Tras las inquietudes que durante el pasado verano y otoño suscitó una supuesta resurrección del nazismo, efectuada a través de demostraciones públicas casi folklóricas, ha vuelto a resurgir el viejo miedo a Alemania, a



Las tropas de la nueva Alemania (República Federal) en la posguerra. 1965.

su *expansionismo feroz* cuyos recuerdos son para muchos todavía dolorosas impresiones imborrables. El verdadero peligro no está en las pequeñas manifestaciones callejeras en las que se vuelven a enarbolar retratos de los antiguos jefes, ni tampoco es de temer un interés desusado de la población por quitar hierro a la pasada actuación del nacional-socialismo en el poder. No, no está el riesgo en el renacimiento del nazismo tal como fue.

La Historia no se repite. El peligro se encuentra en la posible unión de todos los grupúsculos filofascistas formando uno solo que tuviese suficiente credibilidad para que las clases dominantes, que hasta ahora se han conformado con la restricción de las libertades ciudadanas, recurran a él en caso de peligro para sus intereses, peligro que inmediatamente anunciarían como general para toda la nación, siguiendo la vieja costumbre de identificar intereses particulares y generales que tiene la oligarquía.

Y el peligro está también, y este es el motivo de este comentario, en la mentalización que puede sufrir el Ejército Federal, la **Bundeswehr**, acerca de lo positivo de una política

antidemocrática que resolvería los problemas de indisciplina social que se vienen produciendo repetidamente. Las últimas noticias hablan de manifestaciones neonazis en el seno de la técnicamente sofisticada **Bundeswehr**, y no pueden dejar de preocupar a un observador realista. En 1980, el Ejército lógicamente no tomará el poder en un país europeo occidental como es la RFA, pero una ideología antidemocrática existente entre los militares bien pudiera servir como coartada de apoyo para que un grupo impulsado por la minoría decisoria accediese al poder de forma automática y hasta pacífica, anulando en seguida las libertades civiles de los ciudadanos de esa «Alemania caída y vuelta a levantar entre los remolinos peligrosos del bienestar», según frase acuñada por el Nobel Heinrich Böll y que debe ser motivo de detenida reflexión para todos. Un Ejército neutro —se ha repetido infinidad de veces— es la mejor garantía para la continuidad del Estado democrático, mientras que unas fuerzas armadas manchadas de ideología autoritaria suponen el mayor peligro para la democracia, en Alemania y en cualquier país del mundo. ■ J. M. S. M.



El almirante von Friedburg, comandante supremo de la Marina alemana, firmando la rendición del Reich ante el mariscal Montgomery, en el cuartel general del militar británico.



El general Franz Halder, una de las figuras más sobresalientes del Estado Mayor alemán durante la última guerra mundial, en compañía de su esposa, visitando una guarnición del nuevo Ejército de la República Federal.



Unidad blindada del nuevo Ejército de la República Federal Alemana, durante unas maniobras conjuntas de las fuerzas de la OTAN.